

Subjetividad, literatura y alienación en *El libro vacío* de Josefina Vicens

ARALIA LÓPEZ GONZÁLEZ

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Esta mi vida mansa, rutinaria, humilde, es una oda pindárica tejida con las mil pequeñeces de lo cotidiano. [...] Y la vida es esto, la niebla. La vida es una nebulosa.

Miguel de Unamuno, *Niebla*.

Cuando José García, protagonista de *El libro vacío* (1958), comenta:

En la *competencia* de ortografía yo hice perder a mi bando al escribir una palabra que jamás he podido olvidar: "escasez". Me era tan familiar, la oía en mi casa, que cuando pasé al pizarrón la escribí rápidamente y con gran seguridad (131-132; el subrayado es mío),

en este enunciado del narrador-protagonista está la clave de su situación en el mundo. La escasez material, afectiva, intelectual y de experiencia son los rasgos característicos de su existencia. García, perdedor y naufrago, se mantiene en las orillas de la supervivencia; es, pues, el antimodelo del hombre de éxito que la sociedad capitalista, anómica¹ y de consumo fomenta, pues ya de entrada

¹ Por "anomia" se entiende la ausencia de normas. Se aplica ampliamente al estado de desorganización o desmoralización social o personal. Cualquier es-

está fuera de competencia como forma de relación. Por si fuera poco, el proyecto que persigue —manifiesta y latentemente— es expresarse y comunicarse mediante una producción artística: escribir una novela, que es un objeto no común, fuera del circuito dominante de bienes. García, en general, está fuera de competencia. Su grandeza, a pesar de todo, consiste en insistir y resistir.

García es un soñador y un querer ser que nunca es en medio del hastío, pero eso es precisamente lo que lo constituye. En muchos sentidos García parece ser un pariente cercano del Augusto Pérez de Unamuno, inmerso en una niebla de cotidianidad, insignificante entre tantos seres concretos y anodinos como los que enumera:

El hombre es... pero ¿lo sé yo acaso? Lo único que puedo decirte es que el hombre eres tú, José adolescente y amoroso. Y yo, José García, tu padre, que a pesar de mis años sigo tan inseguro y asombrado e interrogante. El hombre es ese mesero que nos detesta [...], el hombre es ese músico de pelo cano y raído que mira con avidez [...]. El hombre es tu madre [...]. El hombre es ése que está en aquella mesa, solo, desaliñado, agobiado (57-58).

A la manera del hombre de carne y hueso de Unamuno: “yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pesamos sobre la tierra” (1989 9), García emerge como un hombre concreto del texto. El concepto de “hombre” que se desprende de *El libro vacío* rompe con las nociones abstractas, esencialistas y absolutas. Se trata de un hombre concreto dentro de su historia cotidiana de lucha y vacilación, de vacío. Personaje que va construyéndose como negación con base en lo que no es y quisiera-debiera ser. Son la impotencia y el deseo los que lo definen diariamente de acuerdo con la estructura textual, a manera de intentos fallidos de escritura novelesca en las páginas de un cuaderno que esperan, mientras tanto, su versión definitiva en otro cuaderno: el vacío.

Lo original de esta novela en 1958, fue el manejo de la metaficción, recurso que hoy en día se reconoce como característico de la estética posmodernista. La concepción novelística de Vicens

estructura competitiva refuerza la anomia y devalúa los valores afectivos, solidarios y grupales.

—como la de Unamuno en su momento, y especialmente en *Niebla* (1914)— rompía con las pautas tradicionales. En el caso de Vicens, más radicalmente, tanto el personaje como el argumento se adelgazaron en favor de una estructura novedosa. García, personaje existencialista encerrado en un mundo externo e interno estrechísimo, es un ser angustiado, carente de certezas, sofocado por la supervivencia que le niega hasta su relación con los elementos naturales en el encierro de las cuatro paredes de su oficina o su casa:

De la tarde sólo contemplo la luz que entra por una pequeña ventana que queda frente a mi escritorio; luz que parece no venir de ninguna parte porque no veo el cielo (62).

[...] soy un hombre atrapado entre cuatro paredes lisas; [...] que a veces siento que me ahogo por el hecho de saber de memoria el número de peldaños que tienen las escaleras de mi casa y las de mi oficina; y por conocer el nombre y la voz y los pasos de todos mis vecinos; y por haber agotado la posibilidad de descubrir nuevas figuras en la gran mancha que una gotera dejó en el techo de mi recámara (85).

Estrechez, lisura, escasez, experiencias donde la vida de García han ido desgastándose en contraste con una supuesta sociedad de bienestar, competitiva, que establece la ganancia como objetivo. En esta sociedad García no sólo no puede desarrollarse, sino que involuciona, ya que los valores dominantes descalifican el sentir y el expresarse hasta bloquear, en su caso, la capacidad de organizar el pensamiento. Por esto, el protagonista se representa como incapaz de articular su interioridad con su exterioridad, de explicarse y comprender lo que le rodea, sufriendo un sentimiento de extrañeza y disociación que responde al fenómeno de la alienación:

a pesar de que desde hace tantos años soy el mismo y hago lo mismo, no sé por qué me siento ajeno a mí; como si accidentalmente hubiera yo caído dentro de mi cuerpo y de pronto me diera cuenta del sitio en que habito (47).

La angustia que le provoca esta especie de descentramiento de sí mismo se manifiesta como permanente duda, y la disociación se

objetiva en la dualidad de sus dos cuadernos: el número uno es donde escribe apuntes, retazos de ideas y hechos que experimenta como desconectados entre sí, reflejos de su fragmentación interna y de su improductividad como consecuencia de la alienación de su vida toda; el dos es donde experimenta su extrañeza, que se proyecta en la blancura —vacío— de la página, reflejo de su abismo interior, en el cual no puede especificar sus límites. En este cuaderno es donde desea escribir la novela coherente, de corte realista, objetiva y verídica, de acuerdo con una racionalidad que ya no es vigente. Ésa es la novela imposible, la que ya no puede escribirse, como lo intuyó admirablemente Josefina Vicens. La nueva novela, la posible para los tiempos históricos del desvanecimiento del sujeto y la pérdida de sentido de los grandes relatos del humanismo burgués, es la que realmente escribe García en el cuaderno uno, según otra racionalidad. La sombra de las cuatro paredes lisas de su mundo empobrecido se cierne sobre este cuaderno como símbolo de una realidad asfixiante y dispersa que estrangula todo lo que es vital en García.

El ideal humanista clásico del hombre integral e integrado armónicamente con la naturaleza y la sociedad, enarbolado también, falsamente, por el humanismo burgués, revela aquí su carácter metafísico y, por lo mismo, su invalidación. Las formas de lenguaje y las estructuras literarias que corresponden a ese ideal se han vaciado de sentido. Así lo expresa el texto mediante la impotencia de García para poner en práctica un proyecto de escritura realista, ya que no puede reconocer una verdad o una idea concreta que le sirva de elemento organizativo, como así lo expresa:

no pude, a pesar de todos mis esfuerzos, urdir una trama medianamente interesante. Como no pude, tampoco, lograr un escenario. [...] De ese modo, en ningún ambiente lograba nada real (34-35).

La inaprehensibilidad de la verdad y su preocupación por ella se explicita así:

Mi deseo es decir la verdad siempre, aquí, en este cuaderno tan mío. Pero a veces me ocurre, o que he olvidado la verdad, o que creo que lo que escribo es la verdad, o que escribo lo que me gustaría que fuese la verdad (112).

Pero no se trata solamente de no poder establecer una verdad, sino que el protagonista tampoco puede pensar, producir y diferenciar ideas entre sí, quedarse con alguna como sustento y referencia de las otras. Es decir, alude así a la continua dispersión de su pensamiento, a un estado mental y escritural en el cual nada es propicio a la fijeza de la significación individual o social:

¡Ah, quisiera tener por lo menos una idea, una creencia a la que pudiera recurrir permanentemente! No cuento con un solo pensamiento fijo, endurecido. Todos caen de mí, en este cuaderno sumiso, como un follaje provisional [...] (90).

La falta de referencia, la insustancialidad o descorporeización de palabra y pensamiento, que también implica la desconexión entre los elementos de su experiencia, apunta hacia un proceso de desarticulación del yo que le impide a García, como individuo, un reconocimiento de sí mismo y la organización de una perspectiva global para orientarse en el tiempo y el espacio, tanto interiores como exteriores: para orientarse en el mundo subjetivo y objetivo. Se trata de una problemática de extrañamiento o extranjería en lo interior —su relación consigo mismo— y en el afuera, el no yo —su relación con la naturaleza, con lo social, con los otros. El deseo de García, expresado como hambre de escribir, supone hambre de contacto: “una avidez, un incontenible anhelo de hombres, de voces, de vidas” (70). Contrasta la necesidad de relación con su aislamiento en la realidad, con su experiencia de exclusión. Aunque García se refiere siempre a sí mismo como un hombre común, sin duda no lo es, puesto que lo que lo define precisamente es su marginalidad y su ensimismamiento, un malestar masivo e indeterminado —¿angustia?— que lo coloca fuera de lo común, de la comunidad. Esto se muestra cuando, a propósito de una situación doméstica, queda al margen de la relación entre su esposa y su hijo: “ocurrió algo que me dejó aislado, como si yo fuera un extraño que nada tenía que hacer entre ellos” (138).

Esa falta de contacto y de referencias concretas en la existencia cotidiana son las que se desplazan también al intento de escritura, y se aprecian hacia el final de la obra, cuando, renovando su proyecto literario, el protagonista deseante anhela encontrar “esa pri-

mera frase" (230), o esa cadena de causalidad que le permita organizar y fijar la experiencia como texto escrito, como novela. Pero ese principio, origen o causa de ser, es lo que ha desaparecido en el "texto" vivido que es García, es lo que ha desaparecido también en la racionalidad contemporánea en la que está inmerso y que no comprende, pero experimenta. Origen y finalidad —sentido— como ausencias referenciales de la escritura y de la existencia desorientan al protagonista, cuyo deseo de encontrar "esa primera frase" tiene su equivalencia en ese otro deseo de

que no se desdibuje la imagen de aquel hombre que de pronto recobró la dignidad de su rango humano, que estaba adormecida por su nivel social (163).

García comprende que el individuo y la sociedad están en serio conflicto y que dentro de ella, justamente, el individuo carece de sentido al estar perdida o amenazada, tanto su integridad como su subjetividad. La pérdida de la dignidad humana es lo que está en juego. O lo que es lo mismo: la suya propia, que es la que intenta recobrar en la escritura, afirmándose como sujeto: proyecto imposible ya, parece sugerir el mismo texto, puesto que en él se aprecian anticipadamente rasgos de las nuevas nociones para pensar la realidad en términos de la muerte del sujeto y la muerte de la historia como centros de la significación social.

Fijar, retener, llenar ese cuerpo, esa imagen de sí mismo y del mundo vaciados; restituir orígenes, finalidades, referencias, para afirmarse. Mas García sólo puede afirmarse como deseo insatisfecho, negatividad e impotencia: "Pero tengo el derecho de decir lo que creo que debo hacer, lo que sé que debo hacer, aunque no pueda hacerlo" (185). *Crear, deber, no poder, pero luchar, insistir*. Y esto es lo que le da grandeza al personaje, a pesar de su impotencia, ya que se reconoce en la lucha y como proyecto. La visión del hombre que emerge del texto es, justamente, la de un espacio en conflicto donde se lleva a cabo una "lucha constante entre su anhelo de perfección y su debilidad" (185), entre el deber ser, como deseo propio de plenitud y perfección, y el no poder. A pesar de esto, es importante advertir que en el texto dicho conflicto

no está planteado como una fatalidad ahistórica. Por el contrario, el texto está cruzado de significaciones que aluden a la historia individual y social como determinantes de la situación existencial, aunque lo social y lo cultural lleguen a convertirse en una especie de segunda naturaleza que actúa, funcionalmente, como si se tratara de la fatalidad o el destino en la vida individual.

La insistencia, la lucha, digamos que el deseo, es la marca positiva de lo humano, a pesar de su degradación y desorientación en el laberinto de significaciones múltiples y contradictorias que se encuentran para perderse en el marco de la sociedad contemporánea. Por eso, cuando parece que García ha encontrado un eje de sentido —esa primera frase o idea—, lo vuelve a perder en la confusión obsesiva de su propia ambigüedad, que se manifiesta, también, como lucha entre su impulso a comunicarse y su rechazo o temor a hacerlo, lo cual en un nivel profundo es la escenificación de la lucha entre las pulsiones de vida y las de muerte, que pasan por la afirmación / negación del deseo de escritura. En la sociedad anómica que establece la incomunicación en función de las relaciones de competencia, nadie se liga hondamente a nadie: lo que predomina es el miedo al compromiso emocional, porque cualquiera es un competidor —un enemigo o rival—, incluso el ser amado. Las relaciones sociales están organizadas con base en jerarquías, lo que, expresado en términos del ejercicio del lenguaje, quiere decir que unos saben y pueden decir y otros no saben ni pueden decir.

García perdió en la competencia de ortografía (lenguaje): no sabe, no puede. Y el conflicto textual es, precisamente, el saber-poder escribir: registro prestigiado por el ordenamiento falogocéntrico de la cultura dominante.² Pero no se trata en el texto ni de la angustia metafísica, ni de la indiferencia del universo, ni de la vida entre dos nada al modo existencialista idealista. En el protagonista se observa algo como la supresión de la intimidad, un aplanamiento de lo intelectual y afectivo que suscita angustia en

² Mucho se ha discutido en cuanto al tema de las marcas de la identidad genérica en la literatura dentro de la perspectiva de la crítica literaria feminista. Algunos(as) las afirman, otros(as) las ponen en duda o las rechazan total-

cuanto él se percibe despojado, en gran parte, de su propio ser y existir. Y el momento en que se localiza ese sentimiento de pérdida transformado en patrón de renuncia, García lo recuerda así:

Cuántos deseos no realizados sobreviven *tenuemente* en mí [...].

Recuerdo [...] mi decisión de ser marino. Nada en el mundo me hará cambiar de idea —pensaba entonces—. [...] Una noche, mientras cenábamos, anuncié firmemente mi propósito. Aún veo los ojos de mi madre [...]. Pero no dijo nada. Mi padre, en cambio, pronunció un dramático discurso [...]. Recuerdo que a medida que mi padre hablaba me invadía una especie de asfixia: por lo que decía y cómo lo decía. Fue la primera vez que sentí el terror de estar encarcelado, condenado sin remedio. Sollocé [...] por lo que se me moría antes de vivirlo (65-66).

En el fragmento completo, el padre pronuncia un discurso mediante el cual encadena al hijo. Su palabra desautoriza y condena el deseo de García para imponerle el suyo propio: que lo repita, convirtiéndose en su sucesor, en heredero de sus compromisos. La palabra dicha en nombre de la autoridad del padre sofoca —castra— la vitalidad y la palabra del hijo. Así, pues, el discurso del padre bloquea el discurso de García, bloqueo que se extiende después a la escritura y se patentiza en el cuaderno vacío: símbolo de la derrota de su deseo vital (deber ser como realización personal), en nombre de la reproducción de una servidumbre y la prohibición

mente como rasgos constitutivos de la textualidad. En el caso de Josefina Vicens el hecho de que ella haya construido personajes masculinos protagónicos en lugar de femeninos, se ha utilizado para mostrar la irrelevancia del género como categoría de análisis literario. Sin embargo, yo creo que la identidad genérica sí marca el texto y que Josefina Vicens no está exenta de ello. José García, independientemente de su caracterización como personaje masculino, exhibe frente al modelo ideal, según él, de la escritura literaria —forma de expresión lingüística que se inserta en la tradición falocéntrica de la institución cultural patriarcal—, una problemática de insuficiencia, marginación e incompetencia que se identifica con el posicionamiento de lo femenino en la sociedad. Falocentrismo es un término que asocia el falocentrismo —orden que privilegia en lo real y simbólico al falo como significante primordial— con el logocentrismo en la formación de la cultura occidental y patriarcal, que asigna un valor superior a la sexualidad y a la condición masculina, identificándolas con la razón, el pensamiento y el lenguaje.

del goce como señales de la enajenación-domesticación. La interrupción del proceso de formación de la identidad de García —significada como la interrupción de su discurso por el del padre— es muy semejante a lo que acontece en *Los años falsos*, obra en la que también el protagonista sofoca su identidad y sus deseos, debido a la obligación de asumir las responsabilidades y el papel del padre a la muerte de éste. Sin duda, lo que no puede ni debe fluir, lo que no debe decirse, lo que es necesario seguir olvidando o reprimiendo es el deseo, la pulsión de vida que, no obstante, insiste en expresarse al mismo tiempo que se oculta.

La aspiración de García es construir una novela realista, coherente, comprensible, en la cual pueda reconocerse y rescatar su identidad. Pero la incomunicación del protagonista no ocurre sólo a nivel interpersonal, sino también intrapersonal, pues no existen puentes entre sus instancias interiores, porque amplios sectores de sí mismo son innombrables, no deben decirse, no deben recordarse: “alguien dentro de mí quería decir algo, decía algo. Como no podía dejar de oírlo, traté de oírlo. Pero no entendí nada” (122). Esas voces confusas y desconectadas que viven en García son las todavía persistentes manifestaciones de sus potencias afectivas y deseantes, aunque interrumpidas y distorsionadas. Son las voces del adolescente reprimido, pero no muerto, que, sin embargo, quiere olvidar:

No me gusta acordarme de aquello. No me gusta referirme a ese adolescente de entonces que no podía imaginar que muchos años después estaría hablando de sí mismo en este tono sordo y apagado [...]. Lo recuerdo tan bien. Lo siento temblar dentro de mí, limpio y brioso [...]. Y como no puedo darle aliento —como lo ahogué dentro de mí— [...] no quiero hablar de él, no puedo (67-68).

García no ha olvidado, pero no quiere recordar; podría hablar del adolescente que fue, pero le duele demasiado. La supresión obedece a la aceptación del discurso del padre, el mismo que representa metafóricamente el ordenamiento social en función del sacrificio del placer y el congelamiento de los afectos. Sin embargo, el protagonista comprende que ese adolescente fue y es lo me-

jor de él; pero, aunque todavía vive, puesto que “tiembla”, ya no tiene opciones de supervivencia —no puede darle aliento, lo ahogó dentro de él. Por eso no quiere escucharlo ni expresarlo, por eso no puede darle la voz que surgiría en la escritura y, por eso también, el reiterado intento de cancelarla. La deshumanización se impone como castración, y lo peor es que si el adolescente ya no tiene opciones, tampoco las tiene el García adulto en el presente. Estos dos aspectos del mismo hombre, el joven espléndido y el “hombre oscuro, liso, hundido en una angustia que no pued[e] aclarar ni justificar porque los motivos que la provocan no son explicables” (68), están condenados a la incomunicación en el espacio psíquico del protagonista, y los esfuerzos por mantenerlos incomunicados desgastan su energía creativa con la resultante improductividad. Lo que está sitiado en el adentro de García es su sexualidad y su erotismo, equivalentes a la potencia vital, al deseo que persiste, pero que es innombrable debido a la represión-castración instalada en nombre de lo que sí puede decirse: el deber-ser nominado por el padre, que conduce al sacrificio del deber-ser-realización-placer del propio protagonista. El deber-ser paterno impide a García el hacer-ser de su escritura, que es también, simbólicamente, el hacer-ser de su identidad y de su desarrollo como sujeto liberado.

Es evidente que en una sociedad de producción y consumo lo que se prohíbe, como norma dominante, en nombre de la moral burguesa y de sus instituciones, son los aspectos gozosos y sensibles, los aspectos que tienden a la comunicación y a la solidaridad. Lo aprobado es lo que estimula la atomización y la alienación, manifestado como extrañamiento y desvinculación del individuo consigo mismo. Entonces, ¿con qué y de qué va a escribir García si suprime la fuente de lo creativo y, por lo mismo, no puede reconocerla ni mucho menos definirla?

La problemática que se presenta en el texto en el nivel de la expresión está conectada con lo que sucede en el mundo que contiene al individuo. Es decir, con el enrarecimiento de la realidad misma, con la invisibilidad de sus estructuras constitutivas —económicas, políticas, sociales— en favor de lo visible como ordenamiento y valoración ideológica. El ocultamiento, como principio

de la organización social, al interiorizarse en lo subjetivo, tiene como consecuencia la incapacidad del individuo —en este caso García— para comprenderse y comprender el mundo y sus relaciones. Así, no puede tampoco organizar una visión amplia de la realidad y de sus diversas dimensiones históricamente determinadas. De la misma manera que su propia historia individual es una nebulosa, también lo es la historia colectiva que ha conformado su sociedad. Los rasgos predominantes de la existencia de García son la desvitalización y la confusión, que redundan en malestar, soledad y sentimiento de impotencia y asfixia; pero la conciencia existencial es sumamente precaria para dar cuenta de los procesos históricos, porque ella supone sólo una consecuencia, un síntoma de los mismos. Y el libro que no se puede escribir es precisamente el que denunciaría la supresión y oscurecimiento de ciertos elementos de la realidad interna y externa que la misma ideología dominante, aceptada por García, suprime y oscurece. El gran tema de *El libro vacío* es la representación del síntoma de la deshumanización social, la descripción de la supresión y oscurecimiento de la subjetividad individual y social y de las fuerzas vitales que podrían constituir las. Despedazados los vínculos de interacción intra e intersubjetivos, es imposible la realización de un proyecto de expresión-comunicación organizado y coherente. Lo que sucede en el nivel de la expresión es también lo que sucede en el nivel de la percepción y la experiencia de la realidad, que es la sustancia de la subjetividad. La realidad subjetiva y la objetiva se corresponden, en tanto que ambas están recortadas y disfrazadas, por eso resultan incomprensibles. García, inmerso en el absurdo, lo experimenta y lo describe, pero no puede conceptualizarlo: sólo puede padecerlo.

Este padecimiento que es la incomunicación consigo mismo y con los demás, se patentiza en el texto. En cuanto a sus interacciones interpersonales, dicha incomunicación aparece en muchos momentos textuales entre García y el padre; García y la esposa; García y la amante; García y los hijos, etc. Solamente se representa una escena de comunicación feliz con su pequeño hijo Lorenzo; y esto sucede cuando él actúa como mago en la fiesta de celebración del cumpleaños del niño: situación privilegiada de

juego y magia en un contexto infantil en el cual, sin amenazas, la represión se relaja y emerge al espontaneidad gozosa (197 a 199).

Ésta es una situación clave en la producción del sentido de la novela, según mi lectura, puesto que nos ilumina sobre el impedimento profundo que obstaculiza el proyecto comunicativo-literario del protagonista, ya expuesto anteriormente. De acuerdo con mi interpretación, Vicens acierta con maestría al utilizar como estrategia narrativa la imagen de un hombre que quiere ser escritor y su impotencia creativa para desarrollar las relaciones conflictivas entre individuo y sociedad. El no poder saber ni decir de García, el no poder hacer-ser, responde al encubrimiento (en nombre de normas sociales ennoblecidas ideológicamente), de las verdaderas relaciones entre hombre y sociedad. Mediante la metáfora de la improductividad artística, la autora implícita nos habla de la condición alienada, enferma, de la sociedad moderna, así como de la crisis de la subjetividad en términos del sentimiento de extranjería que es su consecuencia.

El libro vacío se publica en la década de los cincuenta, y es oportuno recordar que es en esta década cuando en la sociedad mexicana se consolida el desarrollo de la urbe moderna y el proceso de industrialización que va imponiéndose a la sociedad y a la cultura tradicionales. El concepto de sujeto y la conciencia social cambian, así como también la concepción realista y social de la literatura en cuanto función y forma. Es en 1947, con *Al filo del agua* de Agustín Yáñez, que algunos estudiosos de la literatura mexicana fechan este cambio. La interioridad y sus conflictos se hacen material privilegiado de la literatura, impulsando también un cambio formal en la expresión y en la estructuración textuales. Ahora la literatura explora, bajo el olvido de una revolución ya institucionalizada, el pasaje de un proyecto tradicional agrario a otro moderno e industrial, así como las formas de conciencia que corresponden a ese pasaje.

El balbuceo, el rodeo, son las fórmulas de un ser sin referencias estables, en tránsito, que todavía no es, pero cuyo nacimiento está marcado, más que por una real y posible liberación, por la manipulación. Las vacilaciones y contradicciones de García en *El libro vacío* expresan el conflicto, tanto en el nivel microsociedad o psico-

lógico, como en el macrosocial. La crítica ha subrayado mucho la presencia de la metaficción o autorreferencialidad en esta obra, lo cual hace de Josefina Vicens una precursora de las innovaciones literarias de lo que se denomina hoy la estética de la posmodernidad. Se ha dicho que en esta novela se textualiza la problemática del proceso de creación y, por lo mismo, que se trata de una reflexión metaliteraria. Esto es así, indudablemente, pero creo que dicha reflexión no supone un fin en sí misma, sino que es un medio para reflexionar también sobre la crisis del sujeto —su vacilación— en una organización social en tránsito. Crisis que supone, igualmente, una crisis de la conciencia artística y de las formas literarias a partir del conflicto entre los antiguos modelos —estrechos para representar nuevos problemas— y los que todavía, titubeantes, están emergiendo. La pérdida de las anteriores referencias y la no definición de los nuevos patrones de trascendencia en el seno de una relación conflictiva entre individuo y sociedad, suscitan una preocupación angustiada en lo social y existencial, que se desplaza a la preocupación estética como problema falso, o solamente parcial, de un conflicto mayor, totalizador, en lo vital. Las dificultades para plasmar una novela —creación— suponen también las dificultades para plasmar una vida —autocreación—, y ambos procesos tienen un carácter histórico.

En el marco de esta lectura de *El libro vacío*, la función de la literatura para Josefina Vicens sigue siendo contestataria en términos de crítica social y no un quehacer que se cierra sobre sí mismo. Lo que García pretende con la literatura es “subrayar su nombre y abandonar la fila” (228), una fila que alude a la masificación y al anonimato que propugna la sociedad moderna y que el protagonista desea abandonar para comunicarse y así trascender, también, a la muerte: “Esa larga, interminable *fila uniformada*, de la que sólo podemos salir para entrar a otra [...], la también interminable de los muertos” (228; el subrayado es mío). Sin embargo, aunque escribir implica un proyecto de libertad —un ser otro, ser artista—, García está atado a esa “fila uniformada”. Para desatarse tendría que unir a su presente al adolescente que fue. Por eso no se reconoce como artista. Él sabe que para serlo tendría que salirse de esa realidad diaria y monótona para observarla, para convertirla

en obra de arte sin dejarse devorar por ella. Porque, según García, eso es lo que logra un gran artista: hacer notar, hacer ver la realidad que siempre está ahí (205). No obstante, lo que no logra el protagonista de la novela es lo que logra precisamente la autora con la novela, y con bastante anticipación, mostrando la crisis de la conciencia de la modernidad como crisis de un decir, lo que supone también el deterioro de los metarrelatos encargados de transmitir una forma de racionalidad: la de la cultura occidental.

El libro vacío y *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, se publican en el mismo año de 1958. Ambas obras se sitúan en la emergencia de la urbe moderna, de una nueva modalidad de la racionalidad occidental, y de nuevos actores sociales: también de las mujeres, que empiezan a ocupar un lugar, todavía vacilante, en el espacio literario: Vicens es una de ellas, y quizás esta situación se refleja también en la condición incierta, como escritor, de su protagonista. En los dos textos se aprecian el cuestionamiento de las referencias tradicionales y las subjetividades conflictivas e incomunicadas. Pero, a diferencia de Fuentes, Vicens ahonda en las consecuencias individuales —hombres isla— de la masificación. Además, la grandeza del personaje creado por Vicens consiste en que, aun en su mediocridad, afirma su condición agonista —a la manera unamuniana—, porque persiste en su deseo de hacer-ser su identidad y su palabra para comunicarse y trascender a pesar de su insignificancia, a pesar de la precariedad de su destino, que se agota en la muerte cotidiana: persiste, pues, en esa lucha sin derrota ni victoria que se escenifica a lo largo de toda la novela, lucha interminable que se opone a la también interminable “fila uniformada”, y que se desprende del final de la novela al reinstalarse el proyecto de escritura y comunicación: “En fin, voy a acosarme y a seguir pensando. Tengo que encontrar esa primera frase. Tengo que encontrarla” (230).

En *El libro vacío*, la penetrante visión de Josefina Vicens ha ido más allá de la tematización del drama que supone el proceso individual de la producción literaria, para destacar también el de la producción de la subjetividad en una sociedad alienada, ya que el problema de la construcción del sujeto y de la identidad es también un problema social en la medida en que se es sólo en función

de los otros. Asimismo, la escritora logra subrayar la importancia de la literatura en sus aspectos críticos y comunicativos en una sociedad anómica y de masas, ya que mediante ella existe la posibilidad de seguir estableciendo los lazos de solidaridad y compasión para resistir a la inercia embrutecedora de la omnipresente y omnipotente "fila uniformada".

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- UNAMUNO, MIGUEL DE. *Del sentimiento trágico de la vida*. Col. Austral 4. México: Espasa-Calpe, 1989.
- VICENS, JOSEFINA. *El libro vacío*. Lecturas Mexicanas 42. México: SEP, 1986.
- —. *Los años falsos*. México: Martín Casillas, 1983.